



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11247

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 2 DE MAYO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

HACE UN AÑO

¡Qué tarde aquélla!
El cielo aparecía cruzado por girones de nubes plumizas; la brisa frescachona azotaba el rostro; el sol, un sol extraño de color de sangre, que ofendía la vista y levantaba terrores en el alma, se hundía en el ocaso y el crepúsculo, heraldo de la noche, avanzaba en Oriente desplegando a su raso manto de sombras...

¡Qué no he aquélla!
Había en las negruras un no sé qué doliente, algo que se quejaba y que, sin herir el oído, llegaba al alma con ruido aterrador que daba miedo. Y el alma, presa de ansias terribles, se asomaba a los ojos interrogando a las estrellas sobre algo que le importaba mucho.

¿Qué pasaba en el archipiélago filipino? ¿Había aparecido en él la guerra con su silueta horrible? El cable permanecía mudo y su silencio hacía presagiar algo que al pasar por el cerebro helaba la sangre.

¡Qué amanecer tan triste! El cielo estaba limpio; la atmosfera serena; una legión de pájaros inquietos saludaban gozosos la llegada del día; la silueta del horizonte se dibujaba en las lejanías sobre el fondo rosado de la aurora y, sin embargo, el espíritu no se arrobaba, como otras veces, en aquel concierto de sonidos, colores y armonías.

El alma presentía algo terrible y embargada de pena esperaba afanosa la noticia que tardaba en llegar.

¿Se había librado el combate? Era probable ¿Por quién había quedado la victoria?

Por fin habló el telégrafo. Corriendo por el fondo de los mares arriba la noticia a la península.

¡Qué noticia tan triste! Aquellos nuestros barcos que en los lejanos

mares de la China sostenían la bandera de España, estaban destruidos; en lucha desigual y fiera, arribillados a balazos, y envueltos en voraces llamas se habían hundido combatiendo.

¡Quién no recuerda con horror la fecha triste del 2 de Mayo de 1898! ¡Quién ha olvidado las emociones dolorosas de aquel día luctuoso en que al querer comunicar con el teatro de la guerra, se vio que era imposible! Pasaron los años y España se reponía de sus desastres; el combate de Cavite pasara juzgado a la historia y ésta lo narraría como hazaña gloriosa o como suceso censurable; los tribunales militares pronunciarán su fallo y dirán si hubo faltas dignas de castigo o heroísmos dignos de premio; la opinión se cansará de ocuparse en ese asunto y ante nuevos sucesos que reclamarán su atención irá pasando al olvido el desastre; pero no se olvidará en Cartagena en tanto alienten las familias de las víctimas ó cualquiera de los que presenciaron aquel caos de ansiedades, dolores, lágrimas y desesperación que produjo la noticia de la catástrofe y que vino a ser aumentada al infinito ante la imposibilidad de conocer nada de ella.

Recordamos y recordaremos siempre con horror aquella fecha, como tenemos y tendremos, mientras nos dure la vida, una oración en los labios y un recuerdo de admiración y respeto para los valientes tripulantes de la escuadra de Cavite que perdieron la existencia en la jornada de 1.º de Mayo.

A LA SEÑORITA E...

TUS OJOS

No se hicieron para ver los ojos de tu cara, son fuentes que abrieron el dolor para consuelo del alma.

JACKSON VAYÁN.

Son tus ojos ventanas celestiales que Dios quiso en tu cara colocar,

para que pueda tu alma en sus cristales dolores y venturas reflejar.

Yo he visto sonreír los alboradas entre nubes de ópalo y azul; y he visto de tus ojos las miradas y en ellas hay más vida y hay más luz.

Yo he visto en limpias noches las estrellas en la bóveda azul resplandecer; y he visto, hermanas, en tus pupilas bellas los májicos fulgores de un edén.

Yo admiro de los cielos las grandezas, del Océano la tersa inmensidad; pero encuentro en tus ojos más bellezas que juntos atesoran cielo y mar.

Si sonríes... radiante de alegría son tus ojos el cielo del placer; mas si lloras... si lloras, vida mía... ¡quién no llora tus lágrimas al ver!

Angel López Ortiz.

PARÉNTESIS

29 de Abril de 1899.

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Tenemos una policía que no nos la merecemos y unas autoridades que se pasan de previsoras. ¿Que ocurrió anoche? Pues que un pobre desequilibrado, que seguramente padece de manía persecutoria, armóse de todas armas y se fué al Teatro de la Comedia donde estaba la familia Real, como pudo marchar a Rómulo.

Pero en Rómulo no le hubiese pasado nada seguramente, y en la Comedia en cambio vióse rodeado, detenido y maniatado por la plana mayor de la policía, ganosa tal vez de notoriedad, viéndose de pronto el infeliz convertido en temible regicida, él que iba a deleitarse con el trabajo artístico de la Mariani, y que si llevaba armas era por exceso de miedo a persecuciones imaginarias.

Bien está que se le hubiera detenido si infundió sospechas, pero sin aparato, sin alardes de fuerza, en silencio y evitando la falsa alarma en que anoche estuvo Madrid y hoy estará no solo España sino Europa entera.

Detenido Patricio Chamón por un agente cualquiera y llevado a la delegación del distrito, a las primeras de cambio el menos perspicaz hubiese visto que se las había con un desdichado y con llamar a la familia para que se hiciese cargo de él quedaba todo concluido.

do; pero se conoce que la policía necesitaba demostrar que sirve de algo y formó la novela de un frustrado regicidío inflando un servicio que no tiene importancia y rodeándolo de todos los misterios de un complot formidable.

Y en tanto que desde el Presidente del Consejo de ministros, el ministro de la Gobernación y el Gobernador hasta el último agente hallábase ocupados en este importante suceso, es muy posible que las chirriatas funcionaran en libertad, los rateros trabajaran a sus anchas y el vicio paseara su desnudez por las calles. Extravíos del miedo.

M.

COSAS VARIAS

La cuestión de Samoa

Parece que va a tener un desenlace pacífico esta cuestión, que se presentó en términos alarmantes, por la actitud amenazadora en que se colocaron Inglaterra y los Estados Unidos con respecto a Alemania.

El ministro de Estado de esta nación declaró que no valía la pena que Alemania se indispusiera con dos naciones tan amigas y «no creo que sus primos los norteamericanos que tantas pruebas de amistad han recibido en estos últimos tiempos, darán crédito por un momento a tal invención» — a la de que los alemanes quieren romper con los anglosajones.

Tratárase de una nación pequeña, a la que Alemania pudiera fácilmente sentar las costuras, y ni habría parentela, ni disculpa ni nada.

Es la política internacional imponente.

Vicario aprovechado

Mr. Fillingham, el vicario de Bedfordshire que, recientemente, alteró el orden durante un servicio en la catedral de San Pablo, ha expedido un manifiesto solicitando fondos de sus feligreses para poderse sostener como candidato protestante en las próximas elecciones generales, «en un país donde, después de haber perdido tiempo, dinero y amigos, no puede pagar sus gastos».

Pero la maldita prensa imparcial ha descubierto que este patriótico y pre-

testante vicario, ha encontrado fondos en un periódico católico romano, para sostener su candidatura, y da la voz de alarma.

Lo cual quiere decir, lector amigo, que no es tan desinteresado y franco el clero anglicano, como se nos lo quiere representar.

TRAGEDIA

Leemos en un colega de Cádiz.

Ayer se ha registrado en esta capital, un suicidio en condiciones verdaderamente terribles.

Hé aquí los hechos, según hemos oído de público en el lugar del triste suceso: Manuel Acosta, hombre de unos 30 años de edad, mecánico de oficio, con taller propio en la calle del Angel, y vecino de la casa número 71 de la de Sagasta, tenía una única hija, niña de unos 18 meses la que se encontraba bastante enferma, temiendo por días un funesto desenlace.

El Acosta mostrábase por ello desesperado, lamentando su suerte, pues anteriormente había perdido otras dos hijas, y constantemente amenazaba con suicidarse si la última fallecía también.

Según parece, al morir, su segunda hija, había tratado de arrojarle por un balcón, implorándole oportunamente un hermano suyo.

La enfermita agravóse anteayer en tales términos que se creyó en la intimidad de su muerte; Manuel Acosta reiterando su ofrecimiento de morir con ella, instalóse a la cabecera de la cama de su hija, donde permaneció todo el día hasta ayer mañana en que salió breves momentos a la calle.

Próximamente a las diez de la mañana entró la pobre niña en la agonía y el desesperado padre aprovechando un momento en que quedó sólo con ella, vertió en una de las copas que con un medicamento se encontraba en una mesa inmediata unos polvos desconocidos, tomándolo seguidamente sin que ninguno de la familia, su esposa y un hermano del Acosta que se hallaban allí pudieran apercibirse de ello.

Momentos antes de las once murió la pobre niña rodeada de los suyos, y Manuel Acosta después de besarla con gran

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 125

—¿Cruel con vos, señora? exclamó Mr. de la Chaumiere: ¿cruel con vos, y habéis sido la orlatura a quien mas he amado?

—¡Habéis amado a tantas, Horacio!

—¡Ah, no! Yo no sabía lo que era el amor hasta que vos me lo habéis inspirado.

—¿Será cierto? dijo Ursula, mirando fija y grave a Mr. de la Chaumiere: ¿seréis completamente mío?

—Vuestro con toda mi alma.

—¿Por qué, pues, estáis a punto de casaros con mi hermana? ¿Por qué, si sabéis que ella no os ama y vos no la amáis, os habéis prestado a este enlace?

—Por ambición.

—¿Y habéis vendido a vuestra ambición vuestra alma, y no habéis dudado en sacrificar a una joven digna y pura, aprovechando un compromiso en que sin voluntad se ha encontrado envuelta?

—Yo no he sido el autor de ese compromiso.

—Habéis podido deshacerle.

—¿Y cómo, señora?

—Por medio de una intriga. ¿Para qué os habéis hecho palaciego, si no sabéis intrigar? Y si sabéis intrigar, ¿por qué habéis cometido la infamia de obligar al sacrificio a una orlatura tal como mi hermana? A mas de eso, ¿cómo habéis podido llegar

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 124

la, con la infanta de España doña Esperanza de Austria, hermana de otra infanta de España, que se llama también doña Esperanza de Austria, pero a quien se conoce con el nombre de doña Esperanza de Ayala, marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Dijo de tal manera Ursula estas palabras, que Mr. de la Chaumiere se puso de pie.

Miró con ansia a la joven, y como si sus rodillas se hubiesen doblado por sí mismas, cayó a sus pies.

—¿A quién rendís ese homenaje? dijo Ursula con un acento que hizo estremecer a Mr. de la Chaumiere, por lo dulce, por lo insinuante, por lo sentido, al mismo tiempo que la mirada de la joven, entumecida, seductora, se fijaba en sus ojos: ¿a la infanta doña Esperanza de Austria, ó a la humilde beata Ursula Quiliones?

—Yo estoy loco, dijo Mr. de la Chaumiere; tengo fuego en la cabeza y en el corazón; estoy deslumbrado, sufro mucho, tened compasión de mí.

—Alzas, alzas y serenos, Horacio, dijo Ursula: me lastima el veros sufrir de ese modo.

Mr. de la Chaumiere se levantó, se sentó, y miró con ansia a Ursula.

—Y sin embargo, continuó esta, merecéis vuestro sufrimiento, porque habéis sido muy cruel conmigo.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 121

—¿Y qué medio me quedaba, «señora» dijo Mr. de la Chaumiere, que de pálido que estaba antes se había vuelto tan encendido como si toda su sangre se le hubiera subido a la cabeza: no he sido yo quien ha producido el compromiso en que la marquesa se encuentra.

—¿Y qué habéis hecho de vuestra experiencia y de vuestro ingenio de cortesano? Sólo un pobre hombre, Mr. de la Chaumiere, y bien sabía yo por qué no hacéis caso de vuestras pretensiones: aún no hace dos horas que estoy en palacio, y ya he encontrado un medio para salvar de vos a mi hermana.

—¿Y qué medio es ese? dijo vivamente Mr. de la Chaumiere.

—Permitidme, amigo mío, dijo Ursula; vos no tenéis derecho a que yo os revele mis secretos: no os casaréis, yo os lo aseguro, con la marquesa.

Mr. de la Chaumiere no se atrevió a contestar: temió cometer una torpeza.

Ursula, trasformada, había crecido en encanto para él, y por otra parte, Azucena representaba su ambición.

—¡Oh! dijo Azucena: cesemos en esto: ¿para qué me necesitáis, de la Chaumiere?

—¿Para qué necesitáis a vuestro hermano? ¿Para qué me necesitáis, de la Chaumiere?